

1. El presagio

Cuando lo mataron no era un día «normal», en el sentido de que no era inesperado. Hacía mucho tiempo que ningún día era ya normal: los peores presagios, los miedos repentinos, las angustias y hasta el llanto se habían convertido en compañeros de viaje de mis padres. Nadie podría decir desde cuándo. O tal vez sí, desde la noche en la que mi padre volvió a casa trastornado: «Gemma, ha muerto Pinelli».

Y luego, desde el momento en que aparecieron las primeras pintadas en los muros de la ciudad, señalándolo como el comisario «asesino». Desde la mañana en la que dio comienzo aquella feroz campaña de prensa, cargada de violencia y de sarcasmo, erigida a base de amenazas, promesas, desafíos y hasta caricaturas. No mucho después de mi nacimiento, el periódico *Lotta Continua* retrató a mi padre conmigo en brazos, enseñándome a decapitar, con una pequeña guillotina de juguete, a un muñeco que representaba a un anarquista.

Sin embargo, son los detalles que he ido recopilando y catalogando instintivamente a lo largo de los años en mi memoria los que hacen de un día cualquiera un día anunciado. Previsto. Casi esperado.

Mis padres llevaban tiempo preparándose para el estallido de la tragedia. Eso sí, lo hicieron casi sin saberlo, siempre con cierta cuota de irracionalidad. Hoy, repasando esos momentos, esos instantes suyos de lucidez o desesperación repentina, me cuesta hasta trabajo respirar, no puedo entender cómo lograron sobrevivir. Juntos, primero. Mi madre sola, después.

Hoy escribo, pero llevo años, prácticamente desde siempre, archivando recuerdos, discursos y confidencias.

De mi madre. En dosis muy pequeñas. El sufrimiento se reaviva a toda prisa y solo tolera incursiones cortas y rápidas; no podemos permanecer demasiado tiempo en ese territorio de principios de los años setenta, se corre el riesgo de hacerle daño, de modo que es preferible poner freno a la curiosidad.

De mi abuela materna, Maria Tessa Capra. Con ella se puede hablar largo y tendido, ha navegado toda la parte central del siglo XX, habiendo nacido en los albores de la primera guerra mundial y dos años antes de la Revolución rusa. Ha visto dos guerras, su casa bombardeada, un marido prisionero en Alemania, se quedó viuda y perdió a uno de sus siete hijos, pero nunca ha dejado de luchar. Con ella solo se puede hablar largo y tendido: de nada sirve sentarse en el sofá o en una silla de la cocina y hacerle una pregunta sobre el pasado si no tienes al menos dos horas de tiempo. Le gusta recordar, le encanta hacerlo, aunque pueda resultar doloroso. Me ha enseñado las virtudes taumatúrgicas y curativas de la palabra y la importancia de compartir la memoria.

De los amigos de mi padre, a quienes he ido interrogando con cautela a lo largo de los años. La cautela es hija de mi prudencia, que siempre me ha empujado a no abrir de repente ciertas habitaciones que quizá estén demasiado llenas para poder afrontarlas.

Así, con el paso del tiempo, he puesto en fila seis recuerdos, seis imágenes, que simbolizan su calvario, su tormento.

El abuelo. Mi abuelo materno, Mario Capra, producía y comercializaba telas. En los días más feroces de la campaña de prensa, un domingo, después de comer, se apartó con mi padre y le susurró: «Luigi, todo se ha vuelto demasiado peligroso, deja la Policía, tengo un puesto para ti. Trabajarás en Roma, dejarás atrás esta ciudad y sus demonios, te prometo que incluso ganarás más». Mi padre, eso cuenta la abuela, lo interrumpió, justo cuando el abuelo intentaba ganárselo ironizando sobre los sueldos estatales, y fue lacónicamente claro: «Gracias, aprecio tu gesto de afecto, pero no puedo. Me resultaría imposible. Sería una fuga. Lo mismo que huir. Es más: significaría admitir que soy culpable. Me quedaré hasta el final, mirándolos a todos a los ojos». Mi abuelo no pudo dormir aquella noche y habló hasta tarde con mi abuela en la cama de la enorme casa frente al hipódromo de San Siro: «Ha elegido su destino y no podremos salvarlo».

El correo. Para mi madre, todo se volvió angustiosamente claro cuando el buzón de casa empezó a estar siempre vacío. De repente ya no había más correo. Al ser

consultado, el portero respondió: «Yo sigo dejando cartas, pregúntele a su marido». Ella le preguntó y él lo negó, dijo que simplemente llegaba menos correo, hizo algunas bromas que se perdieron en el tiempo y luego cambió de tema. Mi madre empezó a estar más atenta. Una mañana encontró una excusa para salir la primera, miró en el hueco y vio una carta con la dirección escrita con rotulador, pero no la recogió. La dejó allí y esperó. Cuando volvió a salir más tarde, con el cochecito, el buzón estaba vacío. Esperó a la noche, y salió a su encuentro: «¿Había correo esta mañana?». Cuando él le dijo que no, ella lo entendió todo y sintió que se moría por dentro. Eran cartas de insultos, de amenazas, que él le ocultaba para no incrementar sus temores. Con los años apreciaría el amor de ese gesto que tal vez les permitió disfrutar un poco más de cierta normalidad.

La nota. Hay relatos de amigos, repetidos a lo largo de los años, de sus confidencias, de las cartas en las que explicaba el miedo que sentía, de los presentimientos, pero sobre todo hay un papelito que siempre me ha provocado ternura, símbolo de su escasa capacidad de defensa, incluso de una cierta ingenuidad. Era una anotación que mi madre encontró en su cartera, en una esquina arrancada de un periódico: había apuntado la matrícula de un coche y, debajo, «3-11-71. me han seguido, dos jóvenes a bordo, han tomado la matrícula de mi vehículo».

El presagio. Una mañana, en corso Vercelli, exactamente una semana antes del asesinato, mientras me sostenía

con una mano y con la otra empujaba el cochecito con Paolo dentro, mamá se miró reflejada en el escaparate de una farmacia y pensó: «Soy una mujer viuda». Primero trató de espantar la idea, luego no pudo resistirse y rompió en sollozos en medio de la calle.

La pistola. Mi padre tenía un arma reglamentaria, como es natural. Era un revólver pequeño. Lo guardaba desmontado en un armario, escondido entre los suéteres. Una mañana, mientras recogía la casa, mi madre lo echó de menos. Cuando le pidió explicaciones, él contestó que se lo había llevado a la comisaría y que se quedaría allí. Ante su insistencia, concluyó: «Gemma, olvídalo, no quiero tenerlo aquí y no quiero llevarlo conmigo, y además», esa era una idea que repetía incluso a sus amigos, que se sorprendían por el hecho de que no fuera armado, «no me serviría de nada: si me disparan, lo harán por la espalda. Nunca tendrán el valor de dispararme mirándome a los ojos. E incluso si tuviera tiempo para darme cuenta, preferiría no tener que dispararle nunca a nadie».

La promesa. Cuatro o cinco días antes de morir, probablemente el viernes 12 o el sábado 13 de mayo de 1972, mi padre me llevó a casa de mis abuelos. Me iban a dejar allí a dormir para salir a cenar esa noche. En la puerta, antes de que él se fuera, mi abuela recibió la siguiente petición: «Mamá —la llamaba así desde que le cogió confianza, a pesar de que fuera su suegra—, prométeme que si me pasa algo...». Ella trató de interrumpirlo, llegó incluso a ponerle una mano en la boca, pero él le dijo,

jadeando: «Por favor, Maria, prométeme que cuidaréis de Gemma y de los niños». Ella no pudo hacer otra cosa más que asentir, con un nudo en la garganta, mientras él se alejaba rápidamente.

Podría pensarse que se trata de la angustia de una familia, seis fotogramas de una película privada e inaccesible. Durante años, con el fin de entender, me tomé la molestia de ir a ver la película completa y descubrí que la violencia y el nivel de amenaza estaban, por desgracia, a la vista de todos. Pero casi nadie pareció prever las trágicas consecuencias de aquella campaña de odio.

La curiosidad por comprender, por saber qué se decía y se escribía sobre mi padre, estalló cuando tenía catorce años. Durante el primer curso de secundaria empecé a faltar al instituto para ir a leer los periódicos de la época en la hemeroteca de la biblioteca Sormani, a escasos metros del Palacio de Justicia. Seguí haciéndolo bastante tiempo, a veces con pausas de unos meses, al menos hasta el final del tercer curso. Llegaba temprano por la mañana, antes de que abrieran la puerta, para ser de los primeros en entrar. Me apresuraba a pedir los microfilmes y, para evitar colas y esperas, a menudo llevaba preparado con antelación el impreso amarillo de solicitud. El primero que afronté fue el *Corriere della Sera*. Partí de la matanza de piazza Fontana para llegar al día del asesinato. Era un trabajo solitario y metódico, en el que me dejaba la vista, pero que me cautivaba. Me sumergía en otra época, perdía el sentido del tiempo y del presente. Me olvidaba por completo de los problemas escolares, de cuando me tocaba salir a la pizarra,

del griego, de los compañeros. Fue una experiencia totalizadora. A veces me embargaba la curiosidad de un espectador, distante, como si la historia no me perteneciera, otras veces en cambio la ansiedad me secaba la boca, me dejaba sin fuerza en las piernas. Luego me levantaba, rebobinaba el microfilme y recorría unas cuantas decenas de metros hasta la filmoteca. Un lugar maravilloso, lleno de encanto, con una colección de títulos que me parecían excepcionales. Elegías una película, luego esperabas en tu sitio frente al vídeo a que lo cargaran en la videograbadora. Lo consideraba algo extraordinario, un servicio público privilegiado, digno de una gran ciudad de vanguardia como Milán. Para no salirme del asunto, o tal vez por sentirme prisionero de aquellos años, pedía películas de los años setenta: Fellini, Truffaut, Kubrick. Siempre solo, siempre en silencio. Para volver al presente, al final de cada mañana, iba a la panadería Luini, detrás de piazza del Duomo. Los *panzerotti*, una especie de empanadas con *mozzarella* y tomate, fueron mi salvavidas durante años, el interruptor para reavivar mi existencia. Compraba dos y me los comía caminando hacia el Castello.

Con el tiempo pasé a hojear los semanarios, con *L'Espresso* a la cabeza, y solo al final abordé la recopilación del semanario *Lotta Continua*. Sobra decir que fue una lectura alucinante.

Aún hoy, cuando leo lo que escribían, aunque sea contextualizándolo todo, incluso frente a un Estado opaco y «enemigo», no me entran en la cabeza frases como esta del 6 de junio de 1970: «Este *marine* de ventana fácil tendrá que responder por todo. Vamos pisándole los talones, es inútil que forcejee como un búfalo enfureci-

do». O una página como la publicada el 1 de octubre de 1970, una semana antes del inicio del juicio por difamación contra *Lotta Continua*, que no tardaría en transformarse en un proceso contra mi padre: «Hemos sido demasiado tiernos con el comisario de la Policía Luigi Calabresi. Alguien que se permite seguir viviendo en paz, seguir ejerciendo su trabajo de policía, seguir persiguiendo a nuestros compañeros. Al hacer esto, sin embargo, ha tenido que descubrirse, su rostro se ha vuelto familiar y conocido para los militantes, que han aprendido a odiarlo. Y el proletariado ya ha emitido su sentencia: Calabresi es responsable del asesinato de Pinelli y Calabresi tendrá que pagarlo muy caro».

El país deliraba y aquella joven pareja —a principios de 1970 mi madre tenía veintitrés años y mi padre treinta y dos— estaba cada vez más sola. Una tarde ella le dijo, en un arranque de entusiasmo: «¿Pero por qué no vamos a Brera o a los Navigli, donde hay vida?»; él le contestó, con una sonrisa amarga: «Ya me gustaría ir a Brera, pero necesitaría llevar escolta...». Cuando salía a tiempo de la comisaría y mi tía Graziella nos hacía de canguro, reservaban una mesa apartada en un restaurante alejado o iban al cine, su gran pasión, siempre con la cautela de entrar cuando ya había empezado la sesión, para no ser reconocidos. «Era una pareja extraordinaria, que vivía cada vez más aislada de la ciudad», me contó Antonio Lanfranchi, un empresario milanés que los conoció por aquellos años, y que publicó una de las pocas esquelas que aparecieron en el *Corriere della Sera* que no fueran oficiales o de la familia. El 18 de mayo de 1972 escribió:

«Antonio Lanfranchi llora por su amigo Luigi Calabresi». Arnaldo Giuliani, el entonces reportero de via Solferino, fue a buscarlo y lo entrevistó, por lo sorprendente que resultaba su gesto. Cuando me contó este episodio, una tarde de septiembre de 2005, me pareció poco creíble o, por lo menos, exagerado. Así que fui a verificarlo y, lamentablemente, las cosas ocurrieron así: en memoria de Luigi Calabresi, padre de dos hijos, con un tercero en camino, asesinado de dos tiros por la espalda, víctima de un furioso linchamiento público, solo se publicaron cuatro esquelas espontáneas aparte de las de rigor.

Libros del Asteroide